

1995

Renovación y afirmación de las identidades culturales

Beatriz Mariscal

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Mariscal, Beatriz (Otoño 1995) "Renovación y afirmación de las identidades culturales," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 42, Article 18.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss42/18>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

RENOVACION Y AFIRMACION DE LAS IDENTIDADES CULTURALES

Beatriz Mariscal
El Colegio de México

Es un hecho que una nueva realidad geopolítica ha venido a modificar las relaciones internacionales de poder. Esta reorganización política no sólo implica una reestructuración de fuerzas sino que ha abierto nuevas posibilidades de organización económica a nivel mundial.

Europa ya no es la misma; los Estados que la conforman ya no tienen las mismas fronteras ni responden a las mismas alianzas políticas. Frente a esta realidad han surgido, como bien sabemos, dos fuerzas contradictorias, la unificadora que ha llevado a las naciones europeas a formar una Comunidad cuyo nivel de integración económica está llegando mucho más lejos de lo que podía imaginarse hace algunos años, y la pulverizadora, de nacionalismos y etnicismos que han traído consigo odios y violencia y que están hundiendo a regiones enteras en guerras civiles aparentemente irresolubles a corto plazo.

Por su parte, los países de la cuenca asiática del Pacífico se han asociado logrando una gran eficiencia productiva a base de una división de trabajo entre los diversos países de esa zona y de la transferencia efectiva de recursos financieros y de tecnología. Este sistema de complementariedad productiva ha permitido, tanto a los países más avanzados como a los menos, alcanzar tasas de crecimiento sumamente dinámicas por lo que, a pesar de que no cuentan con esquemas formales de integración, han organizado de tal manera sus sistemas productivos y financieros que conforman un bloque económico que se ha convertido en la contraparte de las economías occidentales.

Ante esta nueva estructuración de la economía mundial, los países de América han concebido sus propias formas de organización económica con las que esperan competir en el recientemente reconfigurado mercado mundial, entre ellas, la creación de una área de libre comercio que hasta ahora incluye a

los tres países de América del Norte: Canadá, Estados Unidos y México, y a la que se irán seguramente sumando otros de Centro y Suramérica, al tiempo que se van consolidando otras alianzas bi, tri o plurilaterales entre diversos países de nuestro continente.

Esta nueva forma de relacionarnos económicamente con Estados Unidos y Canadá se ha visto como una amenaza a nuestra identidad cultural en razón de la desigualdad que existe entre los tres socios, lo que no sería el caso en nuestras alianzas con los países de América Latina, ya que se les considera culturalmente afines, principalmente en función de la “hermandad” cultural que tiene su fundamento en la lengua española.

La amenaza a nuestra identidad cultural surgiría, en primer lugar, de la sustitución de nuestros productos y prácticas culturales por aquellos que pueden llegar libremente a nuestro territorio al eliminarse las barreras comerciales mismas que se supone circunscribían esos productos a su territorio de origen, pero bien sabemos que el flujo de bienes y valores se da con o sin tratados, sólo que a otros precios.

El sistema de mercado que prevalece en el mundo actualmente exige de sus participantes, efectivamente, no sólo la producción o maquila de bienes preferentemente para ser exportados, y con ello la modificación de prácticas de producción y de organización social a fin de que estas se adecúen a las necesidades y preferencias de consumo de las naciones a las que queremos exportar nuestros productos, sino el consumo amplio de sus productos entre los que se incluyen necesariamente los culturales: los libros, la música, la pintura y escultura, las películas y obras de teatro — para mencionar sólo los objetos de arte más generalmente reconocidos como tales, y que al provenir del 1er. mundo se teme pueden ejercer una influencia desorbitada sobre nuestros creadores — y desde luego, los notorios programas televisivos que llevan cotidianamente hasta los hogares de los mexicanos imágenes y mensajes culturales ajenos a la realidad de la mayoría de sus consumidores.

La ampliación de la oferta trae consigo, cuando menos en teoría, una mayor democracia en el consumo de bienes; tratándose de bienes culturales, ¿deberíamos impedir su ingreso al mercado y controlar su distribución si consideramos que atentan en contra de la integridad de nuestra identidad cultural?

¿Cómo podríamos defender una a todas luces indefinible “pureza cultural” de los embates de sistemas de mercadotecnia más poderosos que el nuestro?

Si no podemos controlar a Televisa, ¿cómo vamos a controlar los contenidos culturales de la programación de NBC o de CBS, para no hablar de los canales alemanes o franceses que nos llegan con o sin tratado de libre comercio?

La pregunta, que puede parecer ociosa, pretende agregar al debate sobre este tema una nota de pragmatismo, sobre todo ahora que la fuerza

tradicionalmente defensora de nuestra identidad, el Estado Mexicano, que es el que históricamente ha dado concreción a su definición en tanto identidad “nacional”, se ha adelgazado notablemente, liberándose de gran parte de las cargas de producción y administración cultural que venía desarrollando — excepción hecha de las actividades de CONACULTA, del recientemente creado Sistema Nacional de Creadores y de la UNAM — y que ahora es la iniciativa privada la encargada de una parte importante de la oferta cultural, incluyendo la educación. No es que el sector privado no podría ser capaz de hacer una buena oferta cultural, sino que no es fácil que se auto-controle en consideración a un proyecto cultural basado en una concepción ilustrada, o cuando menos meditada, del papel que debe ocupar la cultura en nuestro desarrollo y bienestar.

Adicionalmente, la debilitación de nuestra cultura sería resultado de la pérdida de autonomía del Estado a nivel internacional, involucrado como está en alianzas que aunque no implican la integración de una comunidad como la europea, en la que hay proyectos de integración inclusive de los sistemas monetarios, sí otorgan autoridad en caso de desacuerdo sobre temas comerciales a organismos supranacionales.

Difícilmente llegaríamos aquí a un acuerdo sobre lo que conforma la identidad cultural, pero es importante tomar en cuenta que en la preocupación por los efectos que puede tener el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica está implícita la identificación entre la identidad cultural nacional y el estado nacional. Simplificando para efectos de estas observaciones, podemos partir de la premisa de que una comunidad nacional está conformada históricamente por una descendencia común, por la ocupación tradicional de un espacio físico y por un mismo idioma en el que se expresa el alma colectiva. A estos elementos habría que añadir la existencia de una organización política que es la que define y garantiza los intereses de la comunidad. Cada comunidad nacional contaría con rasgos característicos “naturales” que habrían surgido de esos elementos.

La “naturalidad” de estos rasgos que constituirían el “irreductible” de la identidad resulta bastante útil para planteamientos filosóficos, literarios o inclusive políticos de lo que constituye el “ser” del mexicano, de lo que conforma su “verdadera” identidad, pero, de hecho, el elemento de condicionamiento histórico más evidente, el sistema político administrativo, es el que a través de la formación de una opinión pública insta los símbolos y propicia los ritos con los que habrá de representarse a la nación y que habrán de delimitar su identidad cultural.

En cuanto a los rasgos físicos: el color de la piel, la clase de pelo, el tipo de facciones, la herencia étnico-racial, no hace falta repasarlos uno por uno para darnos cuenta de que también estas “invariables” pueden ser y son sujeto de transformaciones en razón de la movilidad de las sociedades y de los individuos, de la permeabilidad de las fronteras étnicas, sociales y políticas. De igual manera, las prácticas culturales y aún la cosmovisión de una comunidad se

modifican y se transforman en razón de la interacción con otras colectividades con las que entra en contacto, o inclusive de la interacción entre individuos pertenecientes a colectividades diferentes.

Los rasgos físicos o espirituales que suelen considerarse característicos de una comunidad no son “naturales” sino socio-culturales aunque los consideremos naturales al adoptarlos como base para la generación de una visión colectiva del “nosotros” que habrá de definirnos, y para la construcción del otro, o de los otros de los que pretendemos diferenciarnos. En tanto creación del hombre, no son inmutables sino que resultan cada vez más susceptibles de opciones.

Si hemos de “defender” nuestra identidad cultural nacional de los peligros del mercado globalizado tendremos que comenzar por analizarla en tanto realidad dinámica y plural y no a través de definiciones pre-establecidas que la conciben como una totalidad que para que exista, es necesario que subordine, o bien que elimine, cualquier identidad particular.

Las políticas culturales tendrían por lo tanto que partir no de la concepción de estrategias defensivas en cuanto al consumo de bienes culturales provenientes de otras naciones, una práctica que no dio buenos resultados con otros tipos de bienes ya que se considera que propició una industria nacional ineficiente, sino de la búsqueda de condiciones que fomenten una producción cultural que se defienda sola.

La idea de que la actividad o inclusive la capacidad creativa de los mexicanos ha sido mermada hasta el límite por la imposición de modelos artísticos y culturales que se transmiten a través de los medios de comunicación masiva, suele referirse a la cultura de las clases populares, a nuestro patrimonio “étnico”, ya que la llamada alta cultura no parece tener ningún problema de vitalidad: el premio nobel de literatura otorgado a un mexicano bien puede dar fe de las posibilidades que tiene inclusive en los mercados internacionales la producción nacional de la cultura, que podría certificarse como de “calidad de exportación”. Es indudable que ese arte recibe impulsos y se nutre del arte de otros países, a pesar de que los modelos respondan a necesidades de comunicación o de expresión totalmente diferentes a las nuestras.

La difusión de formas y modelos culturales provenientes de los centros nacionales y extranjeros del poder económico ha provocado, efectivamente, un empobrecimiento de la actividad creativa de las grandes mayorías nacionales, que incluyen tanto a los grupos que aún retienen prácticas culturales de tradición ancestral, aquellos que constituyen el “México profundo” al que se refería Guillermo Bonfil, muchos de ellos habitantes de las grandes urbes de nuestro país, alejados de sus comunidades e integrados a su hábitat a través de una cultura de sobrevivencia, como a las burguesías urbanas, las cuales, a pesar de contar con una cultura o cuando menos una educación que se considera más sólida que la indígena, llegan a ser mucho más propicias a la desnacionalización.

Alfonso Reyes decía que la gente culta tenía una superstición de las

formas establecidas, mientras que el pueblo tenía el valor de innovar, dándole vida a la lengua. La pregunta es, ¿cómo podremos mantener viva la lengua y la cultura sin desintegrarlas?

Los modos de expresión artística de las comunidades indígenas de nuestro país, lo mismo las que viven en sus espacios regionales naturales como las que se han reconstruido en áreas a menudo distantes, muchas de ellas en el área fronteriza del norte de México, en contacto constante con otras culturas de México, de Centro y Sud América, e inclusive de los Estados Unidos, no se rigen por las modalidades de creación propias del mundo industrializado, sino que aún retienen características propias de modalidades de producción artesanal en las que, al no establecerse diferencias tajantes entre productor y consumidor, los modelos, heredados del pasado, son interpretados y recreados en términos propios y no en términos de un consumidor ajeno al ámbito cultural en el que se producen.

No es ésta la ocasión de discutir en detalle las características de esta producción cultural, sin embargo, la idea de que dada su fragilidad y su limitada creatividad está en peligro de extinción surge de la incomprensión de la capacidad de renovación de la cultura tradicional que se da junto con la retentiva, la herencia, que tiende a la reproducción del saber histórico comunitario. Valga como ejemplo de esta doble calidad, la literatura oral que las diversas etnias mexicanas continúan creando y re-creando para transmitir valores y conocimientos comunitarios a pesar de haberse trasladado lejos de su ámbito cultural original, muchas veces para no regresar a él.

Entre los asentamientos irregulares de la zona fronteriza con los Estados Unidos está la colonia Obrera de Tijuana. En esta colonia de migrantes vive la mayoría de los más de 5,000 mixtacos desplazados de sus comunidades de origen en razón de las dificultades económicas que han afectado severamente a los campesinos oaxaqueños, los cuales, para sobrevivir económicamente cruzan a los Estados Unidos, siempre que pueden, como trabajadores no documentados.¹

Los relatos que se transmiten oralmente en esa comunidad incluyen aquellos cuya temática tiene mucho de herencia y por lo tanto parecerían condenados a desaparecer por anacrónicos, y otros que se refieren directamente al nuevo contexto en que tienen que vivir los mixtacos.²

Entre los primeros, estarían cuentos como el de **el fuego y el tlacuache**, de vieja raigambre tradicional, que narra cómo un miserable tlacuache logra robar el fuego a una vieja que no quería darlo a los otros miembros de la comunidad.

En el relato, la armonía entre el hombre y la naturaleza, propia de la visión de mundo de las culturas mesoamericanas, que representa la donación del fuego a los humanos al desprenderse de las estrellas y ser apropiado por una vieja valerosa (“ella no tuvo miedo”), es violentada por la falta de solidaridad de la vieja que no transfiere esc bien a la comunidad (“todos pensaron que esa lumbre

iba a ser para todos”).

Ante esta situación de desorden interviene un personaje, el tlacuache, un ser sin autoridad dentro de la comunidad, antes bien inesencial y por lo tanto eliminable (“si no, me van a comer ustedes”).

La burla con que la comunidad recibe al auto-proclamado salvador resulta tanto de su marginalidad como de la falta de marcas que evidencien su calidad de héroe. Pero lo aparente, se nos comprueba, no es lo definitorio; no son la fuerza y el valor, características ordinarias del heroísmo, sino la astucia y una parte de la propia fisionomía de este poco útil animal, su cola, las que harán posible la realización de la hazaña.

El tlacuache efectivamente logra apoderarse de la lumbre gracias a su astucia y él sí procede a distribuirla a la comunidad “hasta donde pudo alcanzar”.

El orden es restablecido, si bien no es un orden de plenitud.

Es evidente que a la vez que el relato retiene elementos culturales heredados del pasado más bien remoto como son la explicación del origen de la lumbre y la visión de armonía entre el hombre y la naturaleza, el mensaje de solidaridad comunitaria, de la necesidad de que se compartan los bienes hasta donde alcancen, constituye una propuesta con pertinencia actual para los mixtecos emigrados a la zona fronteriza que tienen que competir en un mundo diferente y hostil con grupos mejor calificados para el trabajo individual asalariado, propio del ambiente urbano.

La astucia, arma de los débiles, es la que puede ofrecer alternativas y soluciones de compromiso exigidas por la realidad que enfrentan. Lo obvio, lo evidente, no es necesariamente lo que les va a permitir la utilización de recursos que ofrece el medio en que se encuentran.

Por otra parte, ante una situación de amenaza, de marginalidad, se requiere del heroísmo no de seres predestinados, sino de seres ordinarios dispuestos a llevar a cabo acciones de riesgo en bien de la comunidad, no obstante su condición de debilidad y sus desventajas.

Herederos de prácticas socio-económicas fundamentalmente comunitarias, los mixtecos son considerados inferiores por otros migrantes que llegaron antes, en razón de su desconocimiento del mundo urbano e inclusive de su ignorancia, en muchos casos, de la lengua oficial, el español.

No son los dioses o la naturaleza los que en ese nuevo espacio que habitan les niegan sus bienes, sino otros hombres que los guardan para sí. La lucha no es, por lo tanto, con fuerzas telúricas sino con otros seres humanos más fuertes, a quienes sólo la astucia puede arrancar la riqueza que pertenece a todos.

El relato de orígenes del fuego doméstico, gracias al carácter abierto de la producción artesanal de cultura, se adecúa al contexto y sirve para proponer fórmulas de sobrevivencia colectiva, de actualidad para sus transmisores modernos.

La otra vertiente de la actividad creativa de esta comunidad sería el relato de **La gringa** que tiene como escenario la propia colonia Obrera y cuyo

protagonista es un hombre de la colonia que ofrece llevar a su casa a una gringa a quien encuentra después de un baile en la colonia. Ella no acepta, pero al volver al día siguiente a buscarla, el hombre no sólo no la encuentra, sino que la enorme roca en la que habían descansado ha desaparecido.

El relato tiene como objeto fundamental reforzar la endogamia condenando el contacto con personas que no pertenecen a la comunidad, práctica que prevalece en nuestras culturas mesoamericanas y que suele ser reforzada ya sea explícitamente por medio de normas que prohíben el matrimonio con personas ajenas a la comunidad, o bien implícitamente a través de la desaprobación de relaciones de los miembros de una comunidad con personas extrañas. Esta práctica, que contribuye a la reproducción de una cultura de grupo propia, resulta amenazada de manera muy especial por las migraciones casi exclusivamente masculinas a sitios distantes de sus lugares de origen.

Lejos de la región mixteca, el encuentro de uno de los hombres de la comunidad con una gringa puede suceder dentro de la misma colonia Obrera. El medio es peligroso inclusive dentro de los límites del espacio de la comunidad. El mensaje final de nuestro relato es contundente: “bien arrepentido está ahora ese cabrón, bien arrepentido”.

Puesto que el hombre no hace nada aparte de acompañar a una extraña e invitarla a irse con él a la colonia, el arrepentimiento no es por alguna mala acción sino por haberse arriesgado él y haber arriesgado a la comunidad a través de su contacto con una extraña. La relación con una mujer extranjera entraña necesariamente peligro, la gringa puede ser inclusive la encarnación de “la mujer de Chikon”, dios de los mazatecos, tribu vecina a los mixtecos en Oaxaca.³

Al alejarse de su entorno social que les ofrecía cierta seguridad, o cuando menos familiaridad, los miles de indígenas desplazados de sus comunidades se ven en la necesidad de adaptar su cultura a otras realidades, de concebir estrategias de sobrevivencia acorde con su nuevo contexto en el que deben competir y relacionarse con otros grupos casi siempre en condiciones de desventaja; se ven en la necesidad de reafirmar su identidad cultural.

Las migraciones de nuestros trabajadores del campo a las grandes urbes nacionales y a las zonas fronterizas del norte del país, junto con las migraciones de centro y sudamericanos a México, en calidad de refugiados políticos y económicos, o porque es paso obligado en su migración a los Estados Unidos, paso que a menudo se convierte en punto terminal al ser rechazados por la poderosa “migra” norteamericana, están conformando una realidad socio-cultural que estamos muy lejos de comprender.

Sin entrar a definir patrones y tendencias de las migraciones internas, regionales y transnacionales que se vienen dando en América Latina y el Caribe, fenómeno complejo mejor explicado por sociólogos y demógrafos, me limito a proponer que para el estudio de la cultura de México, sobre todo en su vertiente urbana y fronteriza, debemos partir de la noción de que la migración es masiva,

a pesar de que se lleve a cabo en forma individual, familiar o en pequeños grupos, y que es, en la mayoría de los casos, irreversible.

La cultura nacional, en tanto expresión de un ser colectivo, de una idiosincrasia construida, se ha venido reorganizando en razón de su interacción con las diversas ofertas culturales transnacionales que nos han llegado. Nuestra identidad, al igual que toda identidad “posmoderna” será cada vez en mayor medida transterritorial y multilingüe.

Que nuestra identidad sea cada vez más compleja no quiere decir que esté en vías de extinción; se perderá sólo en la medida en que se desvaloricen esas prácticas que nos son propias, aunque no estáticas, y no en razón de su contigüidad con otras culturas. Nuestra producción exportable de bienes culturales puede ser más débil que la de nuestros socios comerciales, pero las identidades reales, que son muchas, no están necesariamente en riesgo.

El diseño de políticas culturales que correspondan a nuestros deseos de impulsar valores propios tendrá que basarse en un mayor conocimiento de nuestra realidad cultural, en la revaloración de nuestras diversas manifestaciones culturales.

Los tiempos exigen políticas culturales que mantengan la convivencia pluriétnica y pluricultural, que apoyen el avance en la organización social de manera que se preserve y desarrolle el llamado capital social de las comunidades, que aseguren las condiciones para que la sociedad en su conjunto formule y haga explícitas sus necesidades culturales, que permitan la transmisión de valores y emociones propios y que propicien una verdadera actividad creativa.

No creo ser demasiado optimista con respecto de la capacidad de resistencia de nuestra cultura frente a la fuerza apabullante del aparato cultural de nuestros poderosos socios económicos, proponiendo que en realidad no sólo nuestra cultura — nuestra lengua, creencias y cosmovisión — no tiene trazas de extinguirse, sino que gracias a su dinamismo y pluralidad ya está enriqueciendo señaladamente la cultura de nuestros socios del norte.

NOTAS

1 Véase el estudio de Constanza Hemming y Ulrich Paulsdorff: *Cultura indígena y su adaptación al medio urbano: la organización de los mixtecos residentes en la colonia Obrera, Tijuana, Baja California*, Fundación Carl Duisberg, Berlín, Programa ASA, México.

2 Estos relatos fueron recogidos de la tradición oral por Francisco Moreno con la ayuda de los maestros de la escuela bilingüe mixteco-castellano de la misma colonia Obrera y publicados en su tesis de Maestría en Desarrollo Regional “La cultura popular de Tijuana: lo que cuentan los mixtecos”, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, Baja California, 1988.

3 Chikon Tokosho, ser de múltiples aspectos, es el dueño de la tierra de los mazatecos y dador de beneficios y males según las circunstancias en que se encuentre.